

acto sangriento? La sangre nada bueno trae. ¿Os elevaréis más por este medio? ¡Oh! ¡No lo creáis! Podrá el asesinato agradar á veces á los reyes, nunca el asesino.

BUTLER.—No sabéis... pero no preguntad. ¿Por qué los suecos habrán vencido, y se acercarán tan rápidamente? Yo no quiero derramar su sangre. ¡No! ¡Podría vivir! Pero yo debo cumplir con honor mi palabra, y ha de morir, ó... Quedo deshonrado, si el Príncipe se escapa.

GORDON.—¡Oh! El salvar á tal hombre...

BUTLER. (Con animación.) ¿Qué?

GORDON.—Merece algún sacrificio... Sed generoso. El corazón, no la opinión de las gentes, es lo que honra al hombre.

BUTLER. (Fria y orgullosamente.)—Es un gran señor, un príncipe... Yo soy sólo un cualquiera; ¿no es esto lo que queréis decir? ¿Qué importa, pues, al mundo, pensáis, que el de humilde nacimiento se comporte honrosa ó vilmente, si el noble se salva?... Cada uno sabe bien lo que vale. Sólo es cuenta mía fijar la altura, á que he de colocarme. Por elevada que sea la posición de otro, no me considero indigno de figurar á su lado. La voluntad sola engrandece ó empequeñece al hombre, y para que yo sea consecuente con la mía, debe morir.

GORDON.—¡Oh! ¡Inútil es que me empeñe en mover un peñasco! No pertenecéis á la raza humana. No puedo impedirlo, y, á no ser Dios, nadie podrá salvarlo de vuestras manos terribles. (Vanse.)

ESCENA IX.

Habitación en casa de la Duquesa.

TECLA, en una silla, pálida y con los ojos cerrados. La DUQUESA y la señorita de NEUBRUNN, asistiéndola. WALLENSTEIN y la CONDESA, hablando.

WALLENSTEIN.—Pero ¿cómo lo ha sabido tan pronto?

LA CONDESA.—Parecía como que adivinaba esta desgracia. Asustóla el rumor de haberse dado una batalla, en la cual había sucumbido un coronel imperial. Comprendí al momento lo que sucedería. Corrió al encuentro del correo sueco, y en seguida arrancóle con sus preguntas el triste secreto. Tarde notamos su ausencia, y fuimos en su busca, y cayó desmayada en sus brazos.

WALLENSTEIN.—¡Y cuán desprevénida ha recibido este golpe! ¡Pobre niña!... ¿Cómo está? ¿Recobra el uso de sus sentidos? (Volviéndose hacia la Duquesa.)

LA DUQUESA.—Abre los ojos.

LA CONDESA.—¡Vive!

TECLA. (Mirando alrededor.)—¿En dónde estoy?

WALLENSTEIN. (Acercándose á ella, y tendiéndole los brazos.)—¡Vuelve en tí, Tecla! ¡Sé mi valerosa hija! Mira el rostro cariñoso de tu madre, y á tu padre, que te tiene en sus brazos.

TECLA. (Levantándose.)—¿En dónde está? ¿No está aquí ya?

LA DUQUESA.—¿Quién, hija mía?

TECLA.—El que traje tan triste nueva...

LA DUQUESA.—¡Oh! ¡No pienses más en ella, hija mía. Aparta tu pensamiento de esas imágenes.

WALLENSTEIN.—¡Dejadla desahogar su dolor! ¡dejadla que se queje! Confundid con las suyas vuestras lágrimas. Ha sufrido un golpe terrible; pero se hará superior á él, porque el corazón de mi Tecla es tan incontrastable como el de su padre.

TECLA.—No me siento mal. Tengo fuerza para sostenerme. ¿Por qué llora mi madre? ¿La he asustado acaso? Ya pasó; ya he recobrado mi razón. (Se levanta y busca algo con los ojos.) ¿En dónde está? Que no me lo oculten. Tengo bastante ánimo; quiero oirlo.

LA DUQUESA.—¡No, Tecla! Ese mensajero de desdicha no se presentará más á tu vista.

TECLA.—¡Padre mío!...

WALLENSTEIN.—¡Querida hija!

TECLA.—No estoy débil. Pronto me repondré. Acceded á una súplica mía.

WALLENSTEIN.—Oigámosla.

TECLA.—Dejad que llamen á ese extranjero, y que yo sola lo reciba y pregunte.

LA DUQUESA.—¡Jamás!

LA CONDESA.—¡No! ¡No hay que pensarlo! ¡No lo consentas!

WALLENSTEIN.—¿Para qué deseas hablarle, hija mía?

TECLA.—Me aliviaré, si lo sé todo. Que no me engañen. Mi madre ansía sólo que me consuele, y yo no quiero consolarme. Ya conozco lo más horrible, y no puedo oír nada que lo exceda.

LA CONDESA Y LA DUQUESA. (A Wallenstein.)—¡No lo consentas!

TECLA.—Mi mismo espanto me encontró desprevenida; mi corazón me vendió delante de ese desconocido, testigo de mi debilidad, y hasta caí desmayada en sus brazos... esto me llenó de vergüenza. Debo, pues, hacer lo posible para que su opinión me sea más favorable, y necesito ha-

blarle, y que, como extranjero, forme de mí mejor idea.

WALLENSTEIN.—Me parece que tiene razón... y me inclino á complacerla. Que lo llamen. (La señorita de Neubrunn sale.)

LA DUQUESA.—Yo, tu madre, quiero acompañarte.

TECLA.—Preferiría hablarle á solas. Me será más fácil contenerme.

WALLENSTEIN. (A la Duquesa.)—Déjala. Que hable con él á solas. Hay penas, cuyo influjo sólo puede resistirlo quien las sufre, y el corazón esforzado sólo cuenta con su propia energía. En su mismo ánimo, no en los ajenos, ha de encontrar el vigor indispensable para contrarrestar este golpe. Es mi varonil hija, y no se portará como una mujer vulgar, sino como una heroína. (Hace ademán de irse.)

LA CONDESA. (Deteniéndolo.)—¿Adónde vas? He oído decir á Terzky, que mañana temprano piensas marcharte de aquí y dejarnos.

WALLENSTEIN.—Sí; vosotras quedáis bajo la custodia de valientes defensores.

LA CONDESA.—¡Llévanos contigo, oh hermano! No nos abandones en esta sombría soledad, para esperar los sucesos con viva inquietud. La desdicha presente se sufre sin tanto trabajo; pero la incertidumbre la aumenta horriblemente, y la esperanza es un tormento, cuando se trata de algo remoto.

WALLENSTEIN.—¿Quién habla de desdichas? Que tus palabras sean menos lúgubres. Mis cálculos son muy diversos.

LA CONDESA.—¡Llévanos! ¡Oh! No nos dejes en este lugar de siniestro agüero, porque la angustia oprime mi corazón en estas murallas, y me parece que respiro en una mansión de muerte. No puedo decir cuánto me repugna este paraje. ¡Oh! ¡Llévanos de aquí! Ven, hermana, ruégaselo también. Ven á mi auxilio, querida sobrina.

WALLENSTEIN.—Yo trocaré en bueno el mal agüero de este lugar, porque será el que guarde lo que más amo.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN. (Volviendo.) El caballero sueco.

WALLENSTEIN.—Dejadla á solas con él. (Vase.)

LA DUQUESA. (A Tecla.) ¡Qué pálida te pones! Niña, es imposible que puedas hablar con él. Ven con tu madre.

TECLA.—La señorita de Neubrunn puede quedarse cerca. (Vanse la Duquesa y la Condesa.)

ESCENA X.

TECLA.—EL CAPITÁN SUECO.—La señorita de NEUBRUNN.

EL CAPITÁN. (Acercándose con respeto.) Perdonadme, Princesa... mis palabras irreflexivas y ligeras... ¿cómo podía yo...?

TECLA. (Con nobleza.) Me habéis visto dominada por el dolor. Una fatal casualidad os trasformó de repente en familiar mío, siendo extranjero.

EL CAPITÁN.—Temo que aborrezcáis mi presencia, porque mis labios pronunciaron tristes palabras.

TECLA.—La culpa es mía. Yo misma os obligué á profertirlas, y eran sólo el acento de mi destino. Mi horror suspendió la narración comenzada. Os ruego, pues, que la terminéis.

EL CAPITÁN. (Con temor.)—Renovaré vuestro dolor, oh Princesa.

TECLA.—Estoy preparada ahora... quiero estarlo. ¿Cómo comenzó esa pelea? Decídmelo.

EL CAPITÁN.—No temiendo sorpresa alguna, estábamos en Neustadt, débilmente fortificados, cuando hacia la no-

che salió del bosque una nube de polvo, y nuestros puestos avanzados se refugiaron, huyendo, en el campamento, gritando que el enemigo nos acometía. Apenas habíamos tenido tiempo para montar á caballo, cuando los soldados de Pappenheim, á todo escape, atravesaron la primera línea; sus escuadrones impetuosos pasaron en un instante el foso que nos defendía; pero en su ardor se habían adelantado irreflexivamente, y quedaban detrás los infantes, habiendo seguido los jinetes á su atrevido jefe... (Tecla hace un movimiento; el Capitán se detiene un instante, hasta que Tecla le hace señal de que prosiga.) Por el frente, y por los flancos, los cercamos con nuestra caballería, y los hicimos retroceder al foso, en donde nuestra infantería, prontamente formada, los recibía con su muralla de picas. No podían adelantarse ni retroceder, encerrados en formidable estrechura. El Rhingrave dijo entonces á su coronel, que se rindiese con honor, porque la batalla estaba ganada por su parte, pero el coronel Piccolomini... (Tecla, vacilante, se apodera de una silla.) Lo distinguían de los demás su casco y sus largos cabellos, que se habían soltado con la rapidez de la carrera... Señaló al foso, saltó en él el primero, y lo hizo pasar á su noble corcel; siguióle en tropel su regimiento... y ¡todo se acabó! Su caballo, atravesado por una alabarda, se encabrita furioso, despide lejos al jinete, y sobre él pasan los escuadrones, no obedeciendo los caballos á sus dueños. (Tecla, que escucha las últimas palabras dando señales de la mayor angustia, tiembla visiblemente, y casi cae al suelo; la señorita de Neubrunn acude corriendo, y la recibe en sus brazos.)

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—Mi amada Princesa...

EL CAPITÁN. (Conmovido.)—Yo me voy.

TECLA.—Ya pasó... terminad, si gustáis.

EL CAPITÁN.—Horrible y rabiosa desesperación sintieron sus soldados, al verlo caer, y ninguno se acordó ya de sal-

varse. Pelearon como tigres, y su obstinada resistencia exasperó á los nuestros, y la pelea no se acabó hasta no sucumbir el último imperial.

TECLA. (Con voz temblorosa.)—Y ¿en dónde... en dónde está él? No me lo habéis dicho todo.

EL CAPITÁN. (Después de una pausa.)— Lo sepultamos hoy por la mañana. Lleváronlo doce jóvenes de las familias más nobles, y todo el ejército acompañó su féretro. Una corona de laurel adornaba á éste, y el Rhingrave, en persona, colocó encima su espada victoriosa. Ni faltaron lágrimas que deploraran su suerte, porque entre nosotros hay muchos que habían tenido ocasiones de apreciar su generosidad y la dulzura de su trato, y porque á todos infundió lástima su destino. De buen grado lo salvara el Rhingrave, pero él mismo se dió la muerte; se decía que estaba resuelto á morir.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN. (Muy conmovida á Tecla, que se ha cubierto el rostro.)—¡Mi querida Princesa!... ¡Princesa mía! ¡Abrid los ojos! ¡Dios mío! ¿Por qué asistir á esta entrevista?

TECLA.—¿En dónde está su sepulcro?

EL CAPITÁN.—En un convento de Neustadt, hasta tanto que su padre lo sepa.

TECLA.—¿Qué convento es ese?

EL CAPITÁN.—El de Santa Catalina.

TECLA.—¿Está muy lejos?

EL CAPITÁN.—Unas siete millas.

TECLA.—¿Por dónde se va á él?

EL CAPITÁN.—Por Tirschenrent y Falkenberg, atravesando nuestros primeros puestos avanzados.

TECLA.—¿Quién los manda?

EL CAPITÁN.—El coronel Seekendorf.

TECLA. (Que se acerca á la mesa, y saca una sortija de un cofrecito de alhajas.)— Habéis sido testigo de mi dolor, y os

habeis mostrado humano... Aceptad esto. (Entregándole la sortija.) Un recuerdo de esta entrevista... Podéis marcharos.

EL CAPITÁN. (De rodillas.)— Princesa... (Tecla le hace señal de que se vaya, y lo deja. El Capitán vacila, y quiere hablar. La señorita de Neubrunn le repite la misma indicación de retirarse: vase el Capitán.)

ESCENA XI.

TECLA.—La señorita de NEUBRUNN.

TECLA. (Echándose al cuello de la señorita de Neubrunn.)— Ahora, mi querida Neubrunn, pruébame tu afecto, el que siempre me has profesado. Que tu conducta sea la de mi fiel amiga y compañera... Esta misma noche nos pondremos en camino.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¿Esta noche! ¿Y adónde?

TECLA.—¿Adónde? ¡Al único lugar que hay para mí en el mundo! Adonde él yace, á su sepulcro.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¿Pero qué intentáis hacer allí, querida Princesa?

TECLA.—¿Qué he de hacer allí, desdichada? No lo preguntarías, si alguna vez hubieses amado. Allí, allí sólo existe lo que de él queda, el único paraje que hay para mí en el orbe entero. ¡Oh, no me detengas! Anda y haz los preparativos de nuestra marcha. Discurramos el medio de huir.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.— ¿No teméis la cólera de vuestro padre?

TECLA.— Ya no me acobarda la ira de ningún hombre.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¿Y las burlas del mundo? ¿La acerada lengua de la maledicencia?

TECLA.—Busco sólo á uno, que ya no existe. ¡Quiero yo, pues, correr á los brazos... ¡oh Dios mio! ó á la tumba de mi amante!

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¿Y solas, dos débiles doncellas, sin defensor alguno?

TECLA.—Iremos armadas; mi brazo te protegerá.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¿En las tinieblas de la noche?

TECLA.—La noche nos ocultará mejor.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¿Esta noche tan tempestuosa?

TECLA.—¿Tan cómodamente descansaba él bajo los cascos de los caballos?

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¡Oh Dios! Y además, los muchos puestos enemigos. No nos dejarán pasar.

TECLA.—¡Al fin son hombres! La desdicha discurre libremente por todo el orbe.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—Tan larga caminata...

TECLA.—¿Cuenta las millas el peregrino, cuando se dirige al lejano santuario?

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¿Será posible salir de esta plaza?

TECLA.—El oro nos abrirá sus puertas. Probemos, probemos, y lo verás.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¿Y si nos conocen?

TECLA.—Nadie creerá que una fugitiva desesperada sea la hija del Duque de Friedlandia.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¿En dónde encontraremos caballos para nuestra huida?

TECLA.—Mi escudero me los proporcionará. Vé y llámalo.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¿Se atreverá á hacerlo, sin conocimiento de su señor?

TECLA.—Sí. Pero anda; no vaciles.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¡Ay de mí! ¿Y qué será de vuestra madre, cuando hayáis desaparecido?

TECLA. (Reflexionando, con los ojos fijos, y afigida.)—¡Oh madre mía!

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¡Tan bondadosa madre, y después de tanto sufrir, este nuevo golpe!

TECLA.—No puedo evitarlo... ¡Pero vé, anda!

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—Pensad, pensad bien lo que intentáis.

TECLA.—De sobra tengo pensado cuanto debo pensar.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—Y después de estar allí, ¿cuál es vuestro propósito?

TECLA.—Ya allí, Dios me inspirará.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—Lleno de zozobra está ahora vuestro corazón, y ese no es el mejor medio de tranquilizarlo, oh Princesa amada.

TECLA.—Sí; la absoluta tranquilidad, que él ha encontrado también... ¡Oh, apresúrate, vé! No hables una palabra más. ¡Él me atrae con una fuerza misteriosa é irresistible hacia su tumba! Allí, al momento me aliviaré de este peso que me oprime. Este dogal, que sofoca mi corazón con un dolor insoportable, desaparecerá... Correrán mis lágrimas. ¡Oh! anda, pues; hace ya largo tiempo que debíamos caminar. No me sosegaré hasta abandonar estas murallas... Me parece que han de desplomarse sobre mí... Un poder misterioso y sombrío me obliga á dejar este paraje... ¿Qué es lo que yo siento aquí? Figúraseme que todo el espacio, ocupado por esta casa, está lleno de pálidos y descarnados espectros... que no me dejan lugar... ¡Siempre nuevos fantasmas! ¡Su horrenda muchedumbre, á mí, á cuantos viven, expulsan sin cesar de estos aposentos!

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—Me angustiáis y espantáis de tal modo, oh princesa, que yo misma no me atrevo á quedarme aquí. Me voy á llamar á Rosenberg. (Vase.)

ESCENA XII.

TECLA.

Es su espíritu el que me llama. Es la multitud de fieles soldados que se han sacrificado por vengarle. Acúsanme de mi indigna tardanza. Ni aun quieren separarse del muerto, que fué en vida su jefe... Esto han hecho esos corazones rudos, y yo debo vivir?... ¡No! Para mí era también esa corona de laurel que ha adornado su féretro. La vida sin los resplandores del amor ¿qué es? Yo la rechazo, porque ha perdido su valor. Si; cuando yo te conocí, oh amado mío, la vida era algo para mí. Un nuevo día, un día brillante como el oro se me ofrecía, y yo soñé por espacio de dos horas que me hallaba en el cielo.

Tú estabas delante de mí al entrar yo en el mundo, al hollarlo yo con timidez monja, y mil soles lo alumbraban, y tú me pareciste mi ángel guardián, que venías á acompañarme en el rápido paso de los días fantásticos de la niñez á la cúspide de la vida. Mi primer sentimiento fué una dicha celestial, y tu corazón el primer objeto que vieron mis ojos... (Quédase pensativa, y despues da señales de terror.) viene luego el destino... cruel é impasible se apodera de mi seductor amigo, y lo arroja bajo los pies de los caballos... ¡Tal es en este mundo la suerte de lo bello!

ESCENA XIII.

TECLA.—LA SEÑORITA DE NEUBRUNN y ROSENBERG.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—Aquí está ya, y dispuesto á complaceros.

TECLA.—¿Quieres proporcionarnos caballos, Rosenberg?

EL ESCUDERO.—Con mucho gusto.

TECLA.—¿Nos acompañarás también?

EL ESCUDERO.—Si, serenísima Princesa, hasta el fin del mundo.

TECLA.—Será posible que no vuelvas más á ver al Duque.

EL ESCUDERO.—Me quedaré á vuestro servicio.

TECLA.—Te recompensaré, y te recomendaré á otro dueño. ¿Podrás sacarnos de la fortaleza ocultamente?

EL ESCUDERO.—Puedo.

TECLA.—¿Cuándo saldré?

EL ESCUDERO.—Ahora mismo... ¿Adónde es el viaje?

TECLA.—A... díselo, Neubrunn.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—A Neustadt.

EL ESCUDERO.—Bien. Voy á prepararlo. (Vase.)

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¡Dios mío! ahí viene vuestra madre.

TECLA.—¡Ay de mí!

ESCENA XIV.

TECLA, LA SEÑORITA DE NEUBRUNN y la DUQUESA.

LA DUQUESA. — Ya se fué. Te encuentro más serena.

TECLA. — Lo estoy, mamá... Dejarme descansar ahora en seguida, y que Neubrunn me acompañe. Necesito dormir.

LA DUQUESA. — Y dormirás, Tecla. Me voy consolada, porque puedo tranquilizar á tu padre.

TECLA. — ¡Buenas noches, pues, mi querida madre! (La abraza, profundamente conmovida.)

LA DUQUESA. — Todavía no te encuentro en tu estado habitual. Sí; tiembla todo tu cuerpo, y tu corazón se oye latir junto al mío.

TECLA. — El sueño acabará de reponerme... Buenas noches, querida madre. (Al arrancarse de los brazos de su madre, cae el telón.)

ACTO V.

Habitación de Butler.

ESCENA PRIMERA.

BUTLER.—El Mayor GERALDÍN.

BUTLER. — Escoged doce dragones robustos; armadlos con lanzas, porque no se ha de disparar un solo tiro... Ocultadlos junto al comedor; y, cuando termine el festín, introducidlos y exclamad: ¿quién es imperial aquí de corazón?... Yo derribaré la mesa. Arrojaos entonces contra los dos, y atravesadlos. El castillo está bien cerrado y vigilado para que no llegue á oídos del Príncipe el más leve rumor. Anadad ahora. ¿Habéis mandado llamar al capitán Deveroux y á Macdonald?

GERALDÍN. — Pronto estarán aquí. (Vase.)

BUTLER. — La menor dilación es peligrosa. Los habitantes de la ciudad se pronuncian también en su favor; un vértigo inexplicable se apodera de esta población. Consideran al Duque como á un príncipe de paz, y como al fundador de una nueva edad de oro; unos ciento se han ofrecido ya á defenderlo. Necesario es, por tanto, obrar con rapidez, porque nos amenazan enemigos exteriores é interiores.